

[DE AGONE CRISTIANO.]

ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO DE AGONE CRISTIANO.

Este libro debe ser atribuido al año del Señor trescientos noventa y seis o noventa y siete. Pues se encuentra en tercer lugar en el segundo libro de las Retractaciones, entre aquellas obras que Agustín compuso primero después de haber asumido el episcopado (cargo que obtuvo a finales del año 395). En verdad, en el capítulo 29, donde disuade y aparta a los cristianos del cisma de los donatistas, observando que merecidamente se había dividido en varias partes, para que así como Donato había intentado dividir a Cristo, él mismo fuera dividido por sus seguidores con una división diaria: sin embargo, allí no menciona, para utilidad de la causa, que los donatistas habían recibido a Pretéxtato y Feliciano, ambos expulsados por una célebre sentencia del concilio de Bagai por sus crímenes, en su comunión; aunque esta recepción ocurrió alrededor del inicio del año 397. Y esto no tiene poca importancia para fortalecer la opinión que en el prefacio del tomo 2, cuando hablábamos sobre la fecha de la Epístola 31, escrita a Paulino, quisimos dejar libre sobre los libros a Simpliciano, que suelen referirse al año 397, para que esos libros (ya que en las Retractaciones se mencionan antes de la obra sobre el Agone) pudieran ser referidos al año 396.

Agustín llamó a este libro De Agone Cristiano, porque instruye a los cristianos para luchar contra el diablo. Enseña que el enemigo invisible se derrota con la fe recta y las buenas costumbres. Por lo tanto, advierte principalmente que luchemos contra las pasiones y sometamos nuestro cuerpo a la servidumbre, y a nosotros mismos a Dios. Luego, porque comenzamos a someternos a Dios por la fe, exhorta a mantener la Regla de la fe católica, rechazando las herejías contrarias. Nombra aquí algunas de las principales sectas heréticas; pero parece haber hecho el libro especialmente contra los maniqueos, para apartar al pueblo de esa herejía tan necia como sacrílega. No solo la primera parte del libro, donde explota los sueños de estos sobre la lucha de la raza de las tinieblas rebelándose contra Dios, sino también la segunda parte, donde recomienda la simplicidad y sinceridad de la fe cristiana, que los mismos herejes ridiculizaban.

De esta obra hace mención el senador Casiodoro en el libro sobre la Institución de las Letras Divinas, capítulo 16: Del mismo, dice, Agustín, un libro que compuso sobre el Agone Cristiano, es sumamente necesario para vosotros, que habiendo dejado el mundo, os esforzáis en la lucha cristiana.

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, LIBRO ÚNICO SOBRE EL AGONE CRISTIANO. (C)

Exhorta e instruye para luchar la batalla cristiana contra el diablo. Este es vencido y sometido por nosotros cuando se vencen las pasiones y el cuerpo se somete a la servidumbre; enseña que el cuerpo se somete a la servidumbre si nos sometemos a Dios, a quien toda criatura sirve ya sea por voluntad o por necesidad. Muestra que la debilidad humana está fortalecida por la ayuda de la fe, y que se le ha socorrido con un remedio tan oportuno por el Hijo de Dios hecho carne. Luego, recorriendo los principales artículos de la fe católica comprendidos en el Símbolo, detecta las diversas herejías surgidas contra ella y ordena evitarlas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Corona prometida a los vencedores. El adversario, el diablo, es vencido con la ayuda de Cristo. La corona de la victoria no se promete sino a los que luchan. En las Escrituras divinas encontramos continuamente que se nos promete la corona si vencemos. Pero para no alargarme mencionando muchas cosas, se lee de manera muy clara en el apóstol Pablo: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia (II Tim. IV, 7, 8). Debemos, por tanto, conocer quién es ese adversario, al que si vencemos seremos coronados. Es aquel a quien nuestro Señor venció primero, para que también nosotros, permaneciendo en Él, venzámos. Y la Virtud y Sabiduría de Dios, y el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas, que es el Hijo único de Dios, permanece siempre inmutable sobre toda criatura. Y puesto que bajo Él está la criatura que no ha pecado, cuánto más bajo Él está toda criatura pecadora. Por lo tanto, puesto que bajo Él están todos los santos ángeles, mucho más bajo Él están todos los ángeles transgresores, de los cuales el diablo es el príncipe. Pero como había engañado a nuestra naturaleza, el Hijo único de Dios se dignó asumir nuestra misma naturaleza, para que el diablo fuera vencido por ella, y a quien Él siempre tiene bajo sí, también lo hiciera estar bajo nosotros. Esto significa cuando dice: El príncipe de este mundo ha sido echado fuera (Juan XII, 31). No porque haya sido echado fuera del mundo, como algunos herejes piensan: sino fuera de las almas de aquellos que se adhieren a la palabra de Dios, y no aman el mundo, del cual él es príncipe; porque domina sobre aquellos que aman los bienes temporales que están contenidos en este mundo visible: no porque él sea el señor de este mundo, sino el príncipe de las pasiones por las cuales se desea todo lo que pasa; para que se sometan a él quienes descuidan al Dios eterno y aman lo inestable y mutable. Porque la raíz de todos los males es la codicia; la cual, algunos al desearla, se han desviado de la fe, y se han traspasado a sí mismos con muchos dolores (I Tim. VI, 10). Por esta codicia reina el diablo en el hombre y posee su corazón. Tales son todos los que aman este mundo. Pero el diablo es echado fuera cuando se renuncia de todo corazón a este mundo. Así se renuncia al diablo, que es el príncipe de este mundo, cuando se renuncia a las corrupciones, pompas y ángeles de él. Por eso el mismo Señor, llevando ya la naturaleza humana triunfante, dice: Sabed que yo he vencido al mundo (Juan XVI, 33).

CAPÍTULO II.

2. Cómo se vence al diablo. Se vencen los poderes invisibles cuando se vencen las pasiones. Muchos dicen: ¿Cómo podemos vencer al diablo a quien no vemos? Pero tenemos un maestro que se dignó mostrarnos cómo se vencen los enemigos invisibles. De Él dice el Apóstol: Despojándose de la carne, exhibió a los principados y potestades, triunfando de ellos en sí mismo con confianza (Colos. II, 15). Allí, pues, se vencen los poderes invisibles enemigos nuestros, donde se vencen las pasiones invisibles: y por eso, porque en nosotros mismos vencemos las pasiones de las cosas temporales, es necesario que en nosotros mismos venzámos también a aquel que reina en el hombre por esas pasiones. Pues cuando se dijo al diablo: Comerás polvo; se dijo al pecador: Polvo eres, y al polvo volverás (Gén. III, 14, 19). Por tanto, el pecador fue dado como alimento al diablo. No seamos polvo, si no queremos ser devorados por la serpiente. Porque así como lo que comemos lo convertimos en nuestro cuerpo, para que el mismo alimento se convierta según el cuerpo en lo que nosotros somos: así por malas costumbres, por maldad, soberbia e impiedad, cada uno se convierte en lo que es el diablo, es decir, semejante a él; y se le somete, como nuestro cuerpo está sometido a nosotros. Y esto es lo que se dice, ser devorado por la serpiente. Por tanto, quien teme aquel fuego que está preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41), debe esforzarse por triunfar de él en sí mismo. Porque a los que nos atacan desde fuera, los vencemos dentro,

venciendo las pasiones por las cuales nos dominan. Y a quienes encuentran semejantes a ellos, los arrastran consigo a los castigos.

CAPÍTULO III.

3. Cómo los demonios están en los cielos, y son gobernantes de las tinieblas. Así también el Apóstol dice que lucha en sí mismo contra los poderes exteriores. Pues dice: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades de este mundo, gobernantes de estas tinieblas, contra las huestes espirituales de maldad en los lugares celestiales (Efes. VI, 12). Porque también este aire se llama cielo, donde se producen los vientos, nubes, tormentas y huracanes; como también la Escritura dice en muchos lugares, Y tronó el Señor desde el cielo (Sal. XVII, 14); y, las aves del cielo (Sal. VIII, 9); y, las aves del cielo (Mat. VI, 26); cuando es evidente que las aves vuelan en el aire. Y nosotros en el uso común llamamos a este aire cielo: pues cuando preguntamos sobre si está despejado o nublado, a veces decimos, ¿Cómo está el aire? a veces, ¿Cómo está el cielo? Dije esto, para que nadie piense que los malos demonios habitan allí donde Dios ordenó el sol, la luna y las estrellas. Estos malos demonios son llamados por el Apóstol huestes espirituales, porque también los ángeles malos son llamados espíritus en las Escrituras divinas. Pero los llama gobernantes de estas tinieblas, porque llama tinieblas a los hombres pecadores, sobre los cuales estos dominan. Por eso también en otro lugar dice, Porque en otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8): porque de pecadores habían sido justificados. No pensemos, pues, que el diablo habita en el cielo más alto con sus ángeles, de donde creemos que cayó.

CAPÍTULO IV.

4. Error de los maniqueos sobre la raza de las tinieblas rebelándose contra Dios. Así erraron los maniqueos, que dicen que antes de la constitución del mundo había una raza de tinieblas que se rebeló contra Dios: en cuya guerra creen los miserables que el Dios omnipotente no pudo socorrerse de otra manera, sino enviando una parte de sí mismo contra ella. Los príncipes de esa raza, según ellos dicen, devoraron parte de Dios, y fueron templados para que el mundo pudiera ser fabricado de ellos. Así dicen que Dios llegó a la victoria con grandes calamidades, sufrimientos y miserias de sus miembros: los cuales dicen que están mezclados con las entrañas tenebrosas de aquellos príncipes, para templarlos y contener su furia. Y no entienden que su secta es tan sacrílega, que creen que el Dios omnipotente no luchó con las tinieblas a través de la criatura que hizo, sino a través de su propia naturaleza: lo cual es un sacrilegio creer. Ni solo esto, sino que también aquellos que fueron vencidos, fueron hechos mejores, porque su furia fue contenida: pero la naturaleza de Dios que venció, fue hecha miserable. Dicen también que por esa misma mezcla perdió su entendimiento y su bienaventuranza, y está implicada en grandes errores y desastres. Que si alguna vez dijera que podría ser purificada toda, aún así afirmarían una gran impiedad contra el Dios omnipotente, cuya parte creen que ha sido arrojada durante tanto tiempo en errores y penas sin ningún crimen de pecado. Ahora bien, los infelices se atreven aún a decir que ni siquiera toda puede ser purificada; y que esa parte que no pudo ser purificada, sirve de vínculo, para que de allí sea envuelta y ligada en el sepulcro de la malicia; y así esa parte de Dios que no pecó, esté siempre allí miserable, y sea afligida eternamente en la cárcel de las tinieblas. Esto dicen ellos, para engañar a las almas simples. Pero ¿quién es tan simple que no sienta que estas cosas son sacrílegas, en las que afirman que el Dios omnipotente fue oprimido por necesidad, para que diera su parte buena e inocente a ser abrumada por tales desastres y contaminada por tanta inmundicia, y no pudiera liberarla toda; y lo que no pudo liberar, lo atara con cadenas eternas? ¿Quién, pues, no aborrece estas cosas? ¿Quién no entiende que son impías y nefandas? Pero ellos, cuando capturan a los hombres, no dicen estas cosas

primero; que si las dijeran, serían ridiculizados o evitados por todos: sino que eligen capítulos de las Escrituras, que los hombres simples no entienden; y por ellos engañan a las almas ignorantes, preguntando de dónde viene el mal. Como hacen en este capítulo, que fue escrito por el Apóstol, Gobernantes de estas tinieblas, y huestes espirituales de maldad en los lugares celestiales. Pues los engañadores aquellos preguntan e interrogan al hombre que no entiende las Escrituras divinas, de dónde están en el cielo los gobernantes de las tinieblas: para que cuando no pueda responder, sea llevado por ellos por curiosidad; porque toda alma indocta es curiosa. Pero quien ha aprendido bien la fe católica, y está armado con buenas costumbres y verdadera piedad, aunque no conozca su herejía, les responde sin embargo. Pues no puede ser engañado, quien ya sabe qué pertenece a la fe cristiana, que se llama católica, esparcida por todo el mundo, y segura contra todos los impíos y pecadores, aunque también descuide a los suyos, con el Señor gobernando.

CAPÍTULO V.

5. Huestes espirituales de maldad en los lugares celestiales, en qué sentido se dice. Pues decíamos que el apóstol Pablo había dicho que tenemos lucha contra los gobernantes de las tinieblas y huestes espirituales de maldad en los lugares celestiales; y probamos que también este aire cercano a la tierra se llama cielo: es necesario creer que luchamos contra el diablo y sus ángeles, que se alegran con nuestras perturbaciones. Pues el mismo Apóstol en otro lugar llama al diablo príncipe de la potestad del aire (Efes. II, 2). Aunque ese lugar, donde dice, Huestes espirituales de maldad en los lugares celestiales, también puede entenderse de otra manera, para que no dijera que los mismos ángeles transgresores están en los lugares celestiales, sino más bien nosotros, de quienes en otro lugar dice, Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III, 20): para que nosotros, constituidos en los lugares celestiales, es decir, caminando en los preceptos espirituales de Dios, luchemos contra las huestes espirituales de maldad, que intentan apartarnos de allí. Más bien, pues, debe buscarse cómo podemos luchar y vencer a aquellos a quienes no vemos, para que los necios no piensen que debemos luchar contra el aire.

CAPÍTULO VI.

6. El cuerpo debe ser castigado, para que el diablo y el mundo sean vencidos. Así lo enseña el mismo Apóstol, diciendo: No lucho como quien golpea el aire; sino que castigo mi cuerpo, y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea hallado reprobado (I Cor. IX, 26, 27). También dice: Sed imitadores de mí, como yo de Cristo (Id. XI, 1). Por lo tanto, debe entenderse que también el mismo Apóstol triunfó en sí mismo sobre los poderes de este mundo, como había dicho del Señor (II Cor. II, 14, y Colos. II, 15), de quien profesa ser imitador. Imitemos, pues, también nosotros a él, como exhorta, y castigemos nuestro cuerpo, y lo reduzcamos a servidumbre, si queremos vencer al mundo. Porque por sus deleites ilícitos y pompas y pernicioso curiosidad, este mundo puede dominarnos, es decir, aquellas cosas que en este mundo los amantes de las cosas temporales recogen con pernicioso deleite, y obligan a servir al diablo y sus ángeles: a todas las cuales si hemos renunciado, reduzcamos nuestro cuerpo a servidumbre.

CAPÍTULO VII.

7. Para que el cuerpo se nos someta, sometámonos nosotros mismos a Dios, a quien toda criatura sirve, quiera o no. Diferencia entre justos e injustos en los bienes y males de esta vida. Pero no sea que alguien busque cómo se hace para que sometamos nuestro cuerpo a servidumbre; puede entenderse y hacerse fácilmente, si primero nos sometemos a Dios, con

buena voluntad y sincera caridad. Pues toda criatura, quiera o no, está sujeta a un solo Dios y Señor. Pero se nos advierte que sirvamos al Señor nuestro Dios con toda voluntad. Porque el justo sirve libremente, pero el injusto sirve encadenado. Todos, sin embargo, sirven a la providencia divina: pero unos obedecen como hijos, y hacen con ella lo que es bueno; otros son atados como siervos, y se hace de ellos lo que es justo. Así el Dios omnipotente, Señor de toda criatura, que hizo todas las cosas, como está escrito, muy buenas (Gén. I, 31), las ordenó de tal manera que de los buenos y de los malos hace el bien. Porque lo que se hace justamente, se hace bien. Justamente, pues, son bienaventurados los buenos, y justamente los malos sufren penas. Por lo tanto, de los buenos y de los malos hace el bien Dios, porque hace todo justamente. Pero son buenos aquellos que sirven a Dios con toda voluntad; los malos sirven por necesidad: nadie escapa a las leyes del Omnipotente. Pero una cosa es hacer lo que la ley ordena, otra cosa es sufrir lo que la ley ordena. Por lo tanto, los buenos hacen según las leyes, los malos sufren según las leyes.

8. No nos perturbe que en esta vida según la carne que llevan, los justos soporten muchas cosas graves y duras. Pues no sufren nada malo, quienes ya pueden decir lo que aquel varón espiritual exulta y proclama el Apóstol, diciendo: Nos gloriamos en las tribulaciones; sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no confunde: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Rom. V, 3-5). Si, pues, en esta vida, donde hay tantos tormentos, pueden los hombres buenos y justos, cuando sufren tales cosas, no solo soportarlas con ánimo sereno, sino también gloriarse en el amor de Dios; ¿qué se debe pensar de aquella vida que se nos promete, donde no sentiremos ninguna molestia del cuerpo? Porque el cuerpo de los justos no resucitará para lo que resucitará el cuerpo de los impíos: como está escrito, Todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados. Y para que nadie piense que esta transformación no se promete a los justos, sino más bien a los injustos, y la considere como penal, sigue diciendo: Y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados (I Cor. XV, 51, 52). Por lo tanto, todos los que son malos, están ordenados así: porque cada uno para sí mismo, y todos entre sí se dañan. Pues desean lo que se ama perniciosamente, y lo que fácilmente puede serles quitado; y esto se quitan entre sí, cuando se persiguen. Y por eso se angustian aquellos a quienes se les quitan las cosas temporales, porque las aman: pero aquellos que las quitan, se alegran. Pero tal alegría es ceguera, y suma miseria: pues más bien implica el alma, y la lleva a mayores tormentos. Pues también el pez se alegra, cuando no viendo el anzuelo, devora el cebo: pero cuando el pescador comienza a atraerlo, sus entrañas se retuercen primero; luego, de toda su alegría, por el mismo cebo del que se alegró, es llevado a la destrucción. Así son todos los que se consideran felices por los bienes temporales: pues han tomado el anzuelo, y con él se pasean; vendrá el tiempo en que sientan cuántos tormentos devoraron con avidez. Y por eso no dañan a los buenos; porque les quitan lo que no aman: pues lo que aman, y de lo que son felices, nadie puede quitárselo. Pero el tormento del cuerpo aflige miserablemente a las almas malas, pero purifica fuertemente a las buenas. Así sucede que tanto el hombre malo como el ángel malo sirven a la providencia divina; pero no saben qué bien obra Dios de ellos. Por lo tanto, no son recompensados por los méritos del oficio, sino por los méritos de la maldad.

CAPÍTULO VIII.

9. Todo está gobernado por la divina providencia. Pero así como estas almas, que tienen la voluntad de hacer daño y la capacidad de razonar, están ordenadas bajo las leyes divinas para que nadie sufra injustamente; de igual manera, todas las cosas, tanto animales como corporales, son administradas bajo las leyes de la divina providencia en su género y orden.

Por eso el Señor dice: "¿No se venden dos gorriones por un as? Y ninguno de ellos cae a tierra sin la voluntad de vuestro Padre" (Mateo 10, 29). Esto lo dijo para mostrar que incluso lo que los hombres consideran más insignificante está gobernado por la omnipotencia de Dios. Así también, la Verdad habla de que las aves del cielo son alimentadas por Él y los lirios del campo son vestidos por Él (Mateo 6, 26, 28, 29, 30), y dice que hasta nuestros cabellos están contados (Mateo 10, 30). Pero como Dios mismo cuida de las almas racionales puras, ya sea en los ángeles más grandes y mejores, o en los hombres que le sirven con toda su voluntad; las demás cosas las gobierna a través de ellos; por eso también pudo decirse con toda verdad por el Apóstol: "¿Acaso le importa a Dios de los bueyes?" (1 Corintios 9, 9). En las Escrituras sagradas, Dios enseña a los hombres cómo deben actuar con otros hombres y servir a Dios; pero cómo deben tratar a sus animales, ellos mismos lo saben, es decir, cómo gobernar la salud de sus animales mediante el uso, la pericia y la razón natural; todo lo cual han recibido de las grandes obras de su Creador. Quien pueda entender cómo el Dios creador de todas las criaturas las gobierna a través de las almas santas, que son sus ministros en los cielos y en la tierra; porque estas almas santas también fueron hechas por Él y tienen el primado en su creación: quien pueda entender, que entienda, y entre en el gozo de su Señor (Mateo 25, 21).

CAPÍTULO IX.

10. Exhortación a gustar la dulzura de Dios. Pero si no podemos hacerlo mientras estamos en el cuerpo y peregrinamos lejos del Señor (2 Corintios 5, 6), al menos gustemos cuán suave es el Señor (Salmo 33, 9) porque nos ha dado el Espíritu como prenda (2 Corintios 1, 22 y 5, 5), en el cual sentimos su dulzura: y deseemos la misma fuente de vida, donde nos inundemos y reguemos con una sobria embriaguez, como el árbol plantado junto a corrientes de agua, que da su fruto a su tiempo, y sus hojas no caen (Salmo 1, 3). Pues dice el Espíritu Santo: "Los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas: se embriagarán de la abundancia de tu casa, y les darás de beber del torrente de tus delicias. Porque en ti está la fuente de la vida" (Salmo 35, 8-10). Tal embriaguez no trastorna la mente, sino que la eleva hacia arriba, y proporciona olvido de todas las cosas terrenales: pero si podemos decir con todo afecto, "Como el ciervo anhela las corrientes de agua, así mi alma te anhela a ti, Dios" (Salmo 41, 2).

CAPÍTULO X.

11. El Hijo de Dios hecho hombre por nosotros. Libre albedrío. Pero si acaso, debido a las enfermedades del alma que ha concebido por el amor al mundo, aún no somos capaces de gustar cuán dulce es el Señor, al menos creamos en la autoridad divina, que quiso estar en las Escrituras sagradas sobre su Hijo, "que fue hecho de la descendencia de David según la carne", como dice el Apóstol (Romanos 1, 3). Porque todo fue hecho por Él, como está escrito en el Evangelio, y sin Él nada fue hecho (Juan 1, 3). Él se compadeció de nuestra debilidad; debilidad que no fue obra suya, sino que merecimos por nuestra voluntad. Pues Dios hizo al hombre incorruptible (Sabiduría 2, 23), y le dio libre albedrío. No sería el mejor si sirviera a los preceptos de Dios por necesidad y no por voluntad. Es fácil, en mi opinión: lo que no quieren entender quienes han abandonado la fe católica y quieren ser llamados cristianos. Pues si admiten con nosotros que nuestra naturaleza no se sana sino haciendo lo correcto; admitan que no se debilita sino pecando. Y por eso no se debe creer que nuestra alma es lo que Dios es: porque si lo fuera, no se cambiaría a peor ni por su voluntad ni por alguna necesidad; ya que Dios se entiende como inmutable en todo sentido, pero por aquellos que no aman hablar de lo que no saben por contienda, emulación y deseo de vana gloria, sino que sienten con humildad cristiana sobre el Señor en bondad, y lo buscan con sencillez de corazón (Sabiduría 1, 1). Por tanto, el Hijo de Dios se dignó asumir nuestra debilidad, y el

Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1, 14): no porque esa eternidad haya cambiado, sino porque mostró a los ojos mutables de los hombres una criatura mutable que asumió con majestad inmutable.

CAPÍTULO XI.

12. El modo de liberar al hombre por el Hijo de Dios encarnado es muy conveniente. Son necios quienes dicen: "¿No podía la Sabiduría de Dios liberar a los hombres de otra manera, sin asumir la humanidad, nacer de una mujer y sufrir todas esas cosas de los pecadores?" A quienes decimos: Podía, pero si lo hubiera hecho de otra manera, igualmente les disgustaría a ustedes en su necesidad. Pues si no se mostrara a los ojos de los pecadores, su luz eterna, que se ve con los ojos interiores, no podría ser vista por mentes contaminadas. Ahora, porque se dignó advertirnos visiblemente para prepararnos para lo invisible, desagrada a los avaros porque no tuvo un cuerpo de oro; desagrada a los impúdicos porque nació de una mujer (pues los impúdicos odian mucho lo que las mujeres conciben y dan a luz); desagrada a los soberbios porque soportó las injurias con gran paciencia; desagrada a los delicados porque fue torturado; desagrada a los temerosos porque murió. Y para que no parezca que defienden sus vicios, no dicen que esto les desagrada en el hombre, sino en el Hijo de Dios. No entienden qué es la eternidad de Dios, que asumió al hombre; y qué es la misma criatura humana, que con sus cambios fue restaurada a su firmeza original, para que aprendiéramos, enseñándonos el mismo Señor, que las debilidades que acumulamos pecando pueden ser sanadas haciendo lo correcto. Se nos mostraba a qué fragilidad llegó el hombre por su culpa, y de qué fragilidad es liberado por la ayuda divina. Por tanto, el Hijo de Dios asumió al hombre, y en él sufrió cosas humanas. Esta medicina para los hombres es tan grande que no puede ser concebida. Pues, ¿qué soberbia puede ser sanada si no es sanada por la humildad del Hijo de Dios? ¿Qué avaricia puede ser sanada si no es sanada por la pobreza del Hijo de Dios? ¿Qué ira puede ser sanada si no es sanada por la paciencia del Hijo de Dios? ¿Qué impiedad puede ser sanada si no es sanada por la caridad del Hijo de Dios? Finalmente, ¿qué temor puede ser sanado si no es sanado por la resurrección del cuerpo de Cristo el Señor? Que la humanidad levante su esperanza y reconozca su naturaleza; vea cuánto lugar tiene en las obras de Dios. No se desprecien a sí mismos, hombres; el Hijo de Dios asumió a un hombre. No se desprecien a sí mismas, mujeres; el Hijo de Dios nació de una mujer. Sin embargo, no amen las cosas carnales; porque en el Hijo de Dios no somos ni hombre ni mujer. No amen las cosas temporales; porque si fueran amadas correctamente, las amaría el hombre que asumió el Hijo de Dios. No teman las injurias, las cruces y la muerte; porque si dañaran al hombre, no las sufriría el hombre que asumió el Hijo de Dios. Toda esta exhortación, que ya se predica y venera en todas partes, que sana toda alma obediente, no estaría en las cosas humanas si no se hubieran hecho todas esas cosas que desagradan a los más necios. ¿A quién se digna imitar la jactancia viciosa, para que pueda ser llevada a recibir la virtud, si se avergüenza de imitar a aquel de quien se dijo antes de nacer que sería llamado Hijo del Altísimo (Lucas 1, 32), y que ya es llamado Hijo del Altísimo por todas las naciones, lo que nadie puede negar? Si pensamos mucho de nosotros mismos, dignémonos imitar a aquel que es llamado Hijo del Altísimo: si pensamos poco de nosotros mismos, atrevámonos a imitar a los pescadores y publicanos que lo imitaron. ¡Oh medicina que aconseja a todos, que comprime todo lo hinchado, que restaura todo lo que se marchita, que corta todo lo superfluo, que guarda todo lo necesario, que repara todo lo perdido, que corrige todo lo depravado! ¿Quién se levantará ahora contra el Hijo de Dios? ¿Quién desesperará de sí mismo, por quien el Hijo de Dios quiso ser tan humilde? ¿Quién considerará que la vida bienaventurada está en las cosas que el Hijo de Dios enseñó que deben ser despreciadas? ¿A qué adversidades cederá, quien cree que la naturaleza humana fue guardada en el Hijo de

Dios a través de tantas persecuciones? ¿Quién pensará que el reino de los cielos está cerrado para él, quien sabe que publicanos y prostitutas imitaron al Hijo de Dios (Mateo 21, 31)? ¿De qué perversidad no carecerá, quien contempla y ama y sigue los hechos y palabras de aquel hombre, en quien el Hijo de Dios se nos ofreció como ejemplo de vida?

CAPÍTULO XII.

13. La fe cristiana prevalece y vence en todas partes. Por tanto, ya tanto hombres como mujeres, y toda edad, y toda dignidad de este siglo se ha movido hacia la esperanza de la vida eterna. Algunos, dejando de lado los bienes temporales, vuelan hacia lo divino. Otros ceden a las virtudes de aquellos que hacen esto, y alaban lo que no se atreven a imitar. Sin embargo, pocos aún murmuran y se retuercen con envidia vacía; o aquellos que buscan lo suyo en la Iglesia, aunque parezcan católicos, o herejes que buscan gloria del mismo nombre de Cristo, o judíos que desean defender el pecado de su impiedad, o paganos que temen perder la curiosidad de la vana licencia. Pero la Iglesia católica, extendida por todo el mundo, rompiendo los ataques de ellos en tiempos anteriores, se ha fortalecido más y más; no resistiendo, sino soportando. Ahora, sin embargo, se burla de sus preguntas insidiosas con fe, las discute con diligencia, las disuelve con inteligencia: no se preocupa por los acusadores de su paja; porque distingue cuidadosamente el tiempo de la cosecha, el tiempo de las eras y el tiempo de los graneros: pero a los acusadores de su trigo, o los corrige si están errados, o los cuenta entre las espinas y la cizaña si son envidiosos.

CAPÍTULO XIII.

14. Que la fe sea recta y la acción buena. La mente no es capaz de la verdad a menos que esté libre de vicios. La fe de la Iglesia sobre la Trinidad. Subyuguemos, por tanto, el alma a Dios, si queremos subyugar nuestro cuerpo a la servidumbre y triunfar sobre el diablo. La fe es lo primero que subyuga el alma a Dios; luego los preceptos de vida, que al ser guardados fortalecen nuestra esperanza, nutren la caridad, y comienza a brillar lo que antes solo se creía. Pues así como el conocimiento y la acción hacen al hombre bienaventurado; así como en el conocimiento se debe evitar el error, en la acción se debe evitar la maldad. Y erra quien piensa que puede conocer la verdad mientras aún vive malvadamente. La maldad es amar este mundo, y tener en gran estima las cosas que nacen y pasan; y desearlas, y trabajar por ellas para adquirirlas; y alegrarse cuando abundan; y temer que perezcan; y entristecerse cuando perecen. Tal vida no puede ver la verdad pura y sincera e inmutable, y adherirse a ella, y no moverse ya en la eternidad. Por tanto, antes de que nuestra mente se purifique, debemos creer lo que aún no podemos entender; porque muy verdaderamente se ha dicho por el profeta: "Si no creéis, no entenderéis" (Isaías 7, 9, según los LXX).

15. La fe se transmite brevemente en la Iglesia, en la cual se encomiendan las cosas eternas, que aún no pueden ser entendidas por los carnales; y las cosas temporales pasadas y futuras, que la eternidad de la divina providencia ha hecho y hará por la salvación de los hombres. Creemos, por tanto, en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: estas son eternas e inmutables, es decir, un solo Dios, una Trinidad eterna de una sola sustancia; Dios de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas (Romanos 11, 36).

CAPÍTULO XIV.

16. No escuchar a quienes niegan las tres personas. No escuchemos a quienes dicen que solo existe el Padre, y que no tiene Hijo, ni está con Él el Espíritu Santo; sino que el mismo Padre a veces es llamado Hijo, a veces Espíritu Santo. No conocen el Principio de quien son todas

las cosas, y su Imagen por quien se forman todas las cosas, y su Santidad en la cual se ordenan todas las cosas.

CAPÍTULO XV.

17. Tampoco escuchar a quienes introducen tres dioses. No escuchemos a quienes se indignan y se enfurecen porque no decimos que se deben adorar tres dioses. No entienden qué es una misma sustancia; y son engañados por sus fantasmas, porque están acostumbrados a ver corporalmente tres animales, o cualquier tres cuerpos separados en sus lugares: así piensan que debe entenderse la sustancia de Dios; y se equivocan mucho, porque son soberbios; y no pueden aprender porque no quieren creer.

CAPÍTULO XVI.

18. Tampoco a quienes niegan la igualdad y eternidad de las personas. No escuchemos a quienes dicen que solo el Padre es el verdadero Dios y eterno; pero que el Hijo no fue engendrado de Él, sino hecho por Él de la nada, y que hubo un tiempo cuando no existía, pero que sin embargo ocupa el primer lugar en toda criatura; y que el Espíritu Santo es de menor majestad que el Hijo, y que también fue hecho después del Hijo; y que las sustancias de estos tres son diferentes, como el oro, la plata y el bronce. No saben de qué hablan, y transfieren a sus disputas imágenes vanas de las cosas que están acostumbrados a ver con sus ojos carnales. Porque realmente es grande contemplar con la mente una generación que no ocurre en algún tiempo, sino que es eterna; y la misma Caridad y Santidad, por la cual el Generador y el Generado están unidos inefablemente: es grande y difícil contemplar estas cosas con la mente, incluso si está pacífica y tranquila. Por tanto, no puede ser que aquellos que miran demasiado las generaciones terrenales vean estas cosas, y a estas tinieblas añaden aún humo, que no cesan de excitarse a sí mismos con contiendas y disputas diarias; teniendo almas que se disuelven en los afectos de la carne, como maderas saturadas de humedad, en las cuales el fuego solo vomita humo y no puede tener llamas brillantes. Y esto puede decirse con toda razón de todos los herejes.

CAPÍTULO XVII.

19. La fe en la encarnación de Cristo. No escuchar a quienes niegan que Cristo es Dios. Creyendo, por tanto, en la inmutable Trinidad, creamos también en la dispensación temporal para la salvación del género humano. No escuchemos a quienes dicen que el Hijo de Dios Jesucristo no es otra cosa que un hombre, pero tan justo que es digno de ser llamado Hijo de Dios. Y también estos han sido expulsados por la disciplina católica; porque, engañados por el deseo de vana gloria, quisieron disputar contenciosamente antes de entender qué es el Poder de Dios y la Sabiduría de Dios (1 Corintios 1, 24), y "en el principio era el Verbo", por quien "todas las cosas fueron hechas", y cómo "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Juan 1, 1, 3, 14).

CAPÍTULO XVIII.

20. Tampoco escuchar a quienes niegan que Cristo tuvo un verdadero cuerpo. No escuchemos a quienes dicen que el Hijo de Dios no asumió un verdadero hombre, ni nació de una mujer, sino que mostró una carne falsa y una imagen simulada de cuerpo humano a los que lo veían. No saben cómo la sustancia de Dios, administrando toda la creación, no puede ser contaminada en absoluto: y sin embargo, predicán que este sol visible esparce sus rayos por todas las heces y suciedades de los cuerpos, y los mantiene limpios y puros en todas

partes. Si, por tanto, las cosas visibles pueden ser tocadas por cosas visibles impuras y no ser contaminadas; cuánto más la Verdad invisible e inmutable, asumiendo a través del espíritu el alma, y a través del alma el cuerpo, asumiendo todo el hombre, lo liberó de todas sus debilidades sin ninguna contaminación de sí misma. Por tanto, sufren grandes angustias, y mientras temen, lo que no puede suceder, que la Verdad sea contaminada por la carne humana, dicen que la Verdad ha mentido. Y cuando Él ordenó, diciendo: "Sea en vuestra boca, Sí, sí; No, no" (Mateo 5, 37); y el Apóstol clama: "No había en Él Sí y No, sino que en Él era Sí" (2 Corintios 1, 19); estos sostienen que todo su cuerpo era carne falsa, para que no parezca que imitan a Cristo si no mienten a sus oyentes.

CAPÍTULO XIX.

21. Tampoco a quienes niegan que Cristo tuvo la mente de un hombre. No escuchemos a quienes confiesan la Trinidad en una sola sustancia eterna; pero se atreven a decir que el mismo hombre, que fue asumido en la dispensación temporal, no tuvo la mente de un hombre, sino solo alma y cuerpo. Esto es decir, No fue hombre, sino que tenía miembros de cuerpo humano. Pues las bestias también tienen alma y cuerpo, pero no tienen razón, que es propia de la mente. Pero si son execrables aquellos que niegan que Él tuvo un cuerpo humano, que es lo más bajo en el hombre; me asombra que estos no se avergüencen, que niegan que Él tuvo lo que es lo mejor en el hombre. Pues mucho debe lamentarse la mente humana, si es vencida por su cuerpo: si en ese hombre no fue reformada, en quien el mismo cuerpo humano ya recibió la dignidad de la forma celestial. Pero lejos esté de nosotros creer lo que ha inventado la ceguera temeraria y la locuacidad soberbia.

CAPÍTULO XX.

22. No digamos que aquel hombre fue asumido por la Sabiduría de Dios de la misma manera que los demás santos, que se vuelven sabios. No escuchemos a aquellos que dicen que el hombre nacido de la virgen fue asumido por la Sabiduría eterna de la misma manera que otros hombres se vuelven sabios por ella, quienes son perfectamente sabios. No conocen el misterio propio de aquel hombre, y piensan que solo tuvo más que los demás bienaventurados por haber nacido de una virgen. Si lo consideraran bien, tal vez creerían que por eso mereció esto más que los demás, porque esta asunción tiene algo propio más allá de los demás. Es diferente hacerse sabio solo por la Sabiduría de Dios, y otra cosa es sostener la persona misma de la Sabiduría de Dios. Aunque la naturaleza del cuerpo de la Iglesia es la misma, ¿quién no entiende que hay una gran diferencia entre la cabeza y los demás miembros? Si aquel hombre es la cabeza de la Iglesia, por cuya asunción el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; los demás miembros son todos los santos, con los cuales se perfecciona y completa la Iglesia. Así como el alma anima y vivifica todo nuestro cuerpo, pero en la cabeza siente viviendo, oyendo, oliendo, gustando y tocando, y en los demás miembros solo tocando; y por eso todo está sujeto a la cabeza para obrar, y esta está colocada arriba para aconsejar; porque la cabeza sostiene de alguna manera la persona del alma que aconseja al cuerpo; allí aparece todo el sentido: así el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, es la cabeza de todo el pueblo santo como de un solo cuerpo (I Tim. II, 5). Y por eso la Sabiduría de Dios, y el Verbo en el principio por el cual fueron hechas todas las cosas, no asumió a aquel hombre como a los demás santos; sino mucho más excelentemente, y mucho más sublimemente: como convenía que solo él fuera asumido, en quien la Sabiduría apareciera a los hombres, como convenía mostrarla visiblemente. Por lo tanto, los demás hombres, quienesquiera que sean, o pudieron ser, o podrán ser, son sabios de una manera; y de otra manera aquel único Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, quien

no solo tiene el beneficio de la Sabiduría misma, por la cual los hombres se vuelven sabios, sino que también lleva su persona. De los demás sabios y almas espirituales se puede decir correctamente que tienen en sí el Verbo de Dios por el cual fueron hechas todas las cosas: pero en ninguno de ellos se puede decir correctamente que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; lo cual se dice con toda propiedad solo de nuestro Señor Jesucristo.

CAPÍTULO XXI.

23. No escuchemos a quienes dicen que solo el cuerpo fue asumido por el Verbo. No escuchemos a aquellos que dicen que solo el cuerpo humano fue asumido por el Verbo de Dios, y así escuchan lo que se dijo, Y el Verbo se hizo carne, para negar que aquel hombre tuviera alma o algo humano, excepto solo carne. Se equivocan mucho; y no entienden que por eso se nombró solo la carne en lo que se dijo, El Verbo se hizo carne, porque a los ojos de los hombres, para quienes se hizo aquella asunción, solo la carne podía aparecer. Pues si es absurdo y muy indigno que aquel hombre no tuviera espíritu humano, como tratamos anteriormente; cuánto más absurdo e indigno es que no tuviera ni espíritu ni alma, y solo tuviera lo que incluso en los animales es más vil y extremo, es decir, el cuerpo. Por lo tanto, también esta impiedad debe ser excluida de nuestra fe, y creamos que todo el hombre y perfecto fue asumido por el Verbo de Dios.

CAPÍTULO XXII.

24. No escuchemos a quienes niegan que el cuerpo de Cristo fue formado de mujer, y dicen que fue hecho como aquel en el que el Espíritu apareció en forma de paloma. Por la mujer la muerte, por la mujer la vida. No escuchemos a aquellos que dicen que nuestro Señor tuvo un cuerpo como el que apareció en la paloma que Juan Bautista vio descender del cielo y permanecer sobre él como signo del Espíritu Santo. Pues intentan persuadir que el Hijo de Dios no nació de mujer: porque si debía mostrarse a los ojos carnales, dicen, pudo asumir un cuerpo como el Espíritu Santo. Pues no dicen que aquella paloma nació de un huevo; y sin embargo pudo aparecer a los ojos humanos. A estos primero se les debe responder lo que leemos allí que el Espíritu Santo apareció a Juan en forma de paloma (Mat. III, 16), donde también leemos que Cristo nació de mujer (Id. I, 20, 25); y no debemos creer en parte del Evangelio y en parte no creer. ¿De dónde crees que el Espíritu Santo fue mostrado en forma de paloma, sino porque lo leíste en el Evangelio? Por lo tanto, yo también creo que Cristo nació de una virgen porque lo leí en el Evangelio. Y la razón por la cual el Espíritu Santo no nació de una paloma, como Cristo de una mujer, es porque el Espíritu Santo no vino a liberar palomas, sino a significar a los hombres la inocencia y el amor espiritual, lo cual fue figurado visiblemente en forma de paloma. Pero el Señor Jesucristo, que vino a liberar a los hombres, en los cuales tanto hombres como mujeres pertenecen a la salvación, no despreció a los hombres, porque asumió un hombre; ni a las mujeres, porque nació de una mujer. A esto se añade un gran misterio, que ya que por la mujer nos vino la muerte, por la mujer nos naciera la vida: para que de ambas naturalezas, es decir, femenina y masculina, el diablo vencido fuera atormentado, ya que se alegraba de la subversión de ambas; a quien poco le hubiera sido para su castigo si ambas naturalezas fueran liberadas en nosotros, sino que también fuéramos liberados por ambas. No decimos esto para afirmar que el Señor Jesucristo tuvo solo un cuerpo verdadero, y que el Espíritu Santo apareció falsamente a los ojos de los hombres: sino que creemos que ambos cuerpos eran verdaderos cuerpos. Pues así como no convenía que el Hijo de Dios engañara a los hombres, tampoco convenía que el Espíritu Santo los engañara: pero al Dios omnipotente, que fabricó toda la creación de la nada, no le era difícil formar un verdadero cuerpo de paloma sin el ministerio de otras palomas, así como no le fue difícil formar un verdadero cuerpo en el vientre de María sin semilla viril; ya que la

naturaleza corpórea servía al imperio y voluntad del Señor tanto en las entrañas de la mujer para formar al hombre, como en el mismo mundo para formar la paloma. Pero los hombres necios y miserables, lo que no pueden hacer ellos mismos, o nunca han visto en su vida, tampoco creen que pudo haber sido hecho por el Dios omnipotente.

CAPÍTULO XXIII.

25. No escuchemos a quienes dicen que el Hijo de Dios es una criatura porque sufrió. El Hijo de Dios sufrió sin cambio de divinidad. No escuchemos a aquellos que quieren forzarnos a contar al Hijo de Dios entre las criaturas porque sufrió. Dicen: Si sufrió, es mutable; y si es mutable, es una criatura, porque la sustancia de Dios no puede cambiar. Con ellos también decimos que la sustancia de Dios no puede cambiar, y que la criatura es mutable. Pero una cosa es ser una criatura, y otra cosa es asumir una criatura. Por lo tanto, el Hijo unigénito de Dios, que es la Virtud y Sabiduría de Dios, y el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas, porque no puede cambiar en absoluto, asumió la criatura humana, que dignó levantar caída y renovar envejecida. Ni en ella por la pasión él mismo fue cambiado a peor, sino que más bien la cambió a mejor por la resurrección. Ni por eso se debe negar que el Verbo del Padre, es decir, el único Hijo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, nació y sufrió por nosotros. Y también decimos que los mártires sufrieron y murieron por el reino de los cielos; sin embargo, en esa pasión y muerte sus almas no fueron asesinadas. Pues el Señor dice: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden hacer nada al alma (Mat. X, 28). Así como decimos que los mártires sufrieron y murieron en los cuerpos que llevaban, sin la muerte o destrucción de sus almas; así decimos que el Hijo de Dios sufrió y murió en el hombre que llevaba, sin ningún cambio o muerte de la divinidad.

CAPÍTULO XXIV.

26. No escuchemos a quienes niegan que el cuerpo del Señor resucitó tal como fue sepultado. No escuchemos a aquellos que niegan que el cuerpo del Señor resucitó tal como fue puesto en el sepulcro. Pues si no hubiera sido así, él mismo no habría dicho a los discípulos después de la resurrección: Tocad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo (Luc. XXIV, 39). Pues es sacrílego creer que nuestro Señor, siendo él mismo la Verdad, haya mentado en algo. No nos perturbe que esté escrito que apareció de repente a los discípulos con las puertas cerradas (Juan XX, 26), para que por eso neguemos que fue un cuerpo humano, porque vemos que es contrario a la naturaleza de este cuerpo entrar por puertas cerradas. Pues todas las cosas son posibles para Dios (Mat. IX, 26). Pues también es manifiesto que caminar sobre las aguas es contrario a la naturaleza de este cuerpo; y sin embargo, no solo el mismo Señor caminó antes de la pasión, sino que también hizo que Pedro caminara (Id. XIV, 25, 29). Así pues, después de la resurrección hizo con su cuerpo lo que quiso. Pues si pudo antes de la pasión glorificarlo como el resplandor del sol (Id. XVII, 2); ¿por qué no pudo también después de la pasión reducirlo a la sutileza que quisiera en un momento, para que pudiera entrar por puertas cerradas?

CAPÍTULO XXV.

27. No neguemos que el cuerpo de Cristo fue llevado al cielo. No escuchemos a aquellos que niegan que nuestro Señor llevó consigo al cielo su cuerpo, y recuerdan en el Evangelio lo que está escrito, Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo (Juan III, 13); y dicen que, como el cuerpo no descendió del cielo, no pudo ascender al cielo. No entienden que el cuerpo no ascendió al cielo: el Señor ascendió, pero el cuerpo no ascendió, sino que fue llevado al cielo por aquel que ascendió. Pues si alguien desciende, por ejemplo, de una

montaña desnudo, y cuando ha descendido, se viste, y vestido vuelve a ascender, correctamente decimos, Nadie ascendió, sino el que descendió: y no consideramos la vestimenta que llevó consigo, sino que decimos que solo él, que estaba vestido, ascendió.

CAPÍTULO XXVI.

28. No neguemos que Cristo está sentado a la derecha del Padre. Qué significa la derecha e izquierda de Dios. No escuchemos a aquellos que niegan que el Hijo está sentado a la derecha del Padre. Dicen: ¿Acaso Dios Padre tiene lado derecho o izquierdo, como los cuerpos? Ni nosotros pensamos esto de Dios Padre: pues Dios no está definido ni encerrado en ninguna forma de cuerpo. Pero la derecha del Padre es la bienaventuranza perpetua, que se promete a los santos; así como su izquierda se dice correctamente que es la miseria perpetua, que se da a los impíos: para que no en el mismo Dios, sino en las criaturas, se entienda de esta manera, como hemos dicho, la derecha y la izquierda. Porque también el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, estará en esa derecha, es decir, en esa bienaventuranza futura, como dice el Apóstol, porque también nos resucitó juntos, y nos hizo sentar juntos en los celestiales (Efe. II, 6). Aunque nuestro cuerpo aún no esté allí, sin embargo, nuestra esperanza ya está allí. Por eso el mismo Señor, después de la resurrección, ordenó a los discípulos que encontró pescando, que echaran las redes a la derecha. Cuando lo hicieron, capturaron peces, todos los cuales eran grandes (Juan XXI, 6-11), es decir, significaban a los justos, a quienes se promete la derecha. Esto significa lo que también dijo en el juicio, que pondrá a las ovejas a su derecha, y a los cabritos a su izquierda (Mat. XXV, 33).

CAPÍTULO XXVII.

29. No escuchemos a quienes niegan el juicio futuro. No escuchemos a aquellos que niegan que habrá un día de juicio, y recuerdan lo que está escrito en el Evangelio, que el que cree en Cristo no es juzgado; pero el que no cree en él, ya ha sido juzgado (Juan III, 18). Dicen: Si el que cree no vendrá a juicio, y el que no cree ya ha sido juzgado; ¿dónde están aquellos a quienes juzgará en el día del juicio? No entienden que las Escrituras hablan de tal manera que insinúan el tiempo pasado por el tiempo futuro: como dijimos antes, que el Apóstol dijo de nosotros, que nos hizo sentar juntos en los celestiales, aún no ha sucedido; pero porque ciertamente sucederá, se dijo como si ya hubiera sucedido. Como también el mismo Señor dijo a los discípulos, Todo lo que he oído de mi Padre, os lo he dado a conocer (Id. XV, 15): y poco después dice, Aún tengo muchas cosas que deciros; pero ahora no las podéis llevar (Id. XVI, 12). ¿Cómo, pues, dijo, Todo lo que he oído de mi Padre, os lo he dado a conocer, sino porque lo que ciertamente iba a hacer por el Espíritu Santo, lo habló como si ya lo hubiera hecho? Así pues, cuando escuchamos, El que cree en Cristo, no vendrá a juicio; entendamos que no vendrá a condenación. Pues se dice juicio por condenación, como dice el Apóstol, El que no come, no juzgue al que come (Rom. XIV, 3): es decir, no piense mal de él. Y el Señor dice; No juzguéis, para que no seáis juzgados (Mat. VII, 1). Pues no nos quita la inteligencia de juzgar, cuando también el profeta dice, Si verdaderamente amáis la justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres (Sal. LVII, 2); y el mismo Señor dice, No juzguéis según la apariencia, sino juzgad con justo juicio (Juan VII, 24). Pero en aquel lugar donde prohíbe juzgar, advierte que no condenemos a alguien, cuya intención no nos es revelada, o no sabemos cómo será en el futuro. Así pues, cuando dijo, no vendrá a juicio; dijo esto, porque no vendrá a condenación. Pero el que no cree, ya ha sido juzgado (Id. III, 18); dijo esto, porque ya está condenado por la presciencia de Dios, que sabe lo que espera a los no creyentes.

CAPÍTULO XXVIII.

30. No escuchemos a quienes dicen que el Espíritu prometido vino en Pablo, o en Montano, etc. No escuchemos a aquellos que dicen que el Espíritu Santo, que el Señor prometió a los discípulos en el Evangelio, vino en el apóstol Pablo, o en Montano y Priscila, como dicen los Cataphryges, o en algún Manes o Maniqueo, como dicen los Maniqueos. Pues estos son tan ciegos que no entienden las Escrituras manifiestas; o tan negligentes de su salvación, que no las leen en absoluto. Pues ¿quién, habiendo leído, no entiende en el Evangelio lo que está escrito después de la resurrección del Señor, cuando el Señor dice, Yo envío la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero permaneced en la ciudad, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto (Luc. XXIV, 49)? Y en los Hechos de los Apóstoles, después de que el Señor se apartó de los ojos de los discípulos al cielo, pasados diez días, en el día de Pentecostés no atienden que el Espíritu Santo vino clarísimamente; y cuando estaban en la ciudad, como antes les había advertido, los llenó, de modo que hablaban en lenguas. Pues las diversas naciones que entonces estaban presentes, cada uno de los oyentes entendía su propia lengua (Hech. II, 1-11). Pero estos hombres engañan a aquellos que, negligentes de la fe católica, y de su propia fe que está manifiesta en las Escrituras, no quieren aprender, y lo que es más grave y muy lamentable, mientras se comportan negligentemente en la Iglesia Católica, prestan oído diligentemente a los herejes.

CAPÍTULO XXIX.

31. No debemos escuchar a los donatistas que niegan que la Iglesia esté difundida por todo el mundo. El mismo Donato fue dividido por los suyos. Donato, al defender su causa en Roma contra Ceciliano, no probó nada. Los donatistas quieren que el Bautismo sea vano a menos que ellos mismos lo administren. No escuchemos a aquellos que niegan que la santa Iglesia, que es una sola católica, esté difundida por todo el mundo, sino que piensan que solo prospera en África, es decir, en la parte de Donato. Así de sordos son ante el profeta que dice: "Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy: pídemelo, y te daré las naciones como herencia tuya, y los confines de la tierra como posesión tuya" (Salmo II, 7, 8). Y muchas otras cosas, ya sea en los libros del Antiguo o del Nuevo Testamento, están escritas para declarar abiertamente que la Iglesia de Cristo está difundida por todo el mundo. Cuando les objetamos esto, dicen que todo eso ya se había cumplido antes de que existiera la parte de Donato, pero que después toda la Iglesia pereció, y que solo en la parte de Donato quedaron sus restos. ¡Oh lengua soberbia y nefasta! ni siquiera si vivieran de tal manera que al menos mantuvieran la paz entre ellos. Ahora, sin embargo, no se dan cuenta de que ya en el mismo Donato se ha cumplido lo que se dijo: "Con la medida con que midáis, se os medirá" (Mateo VII, 2). Pues así como intentó dividir a Cristo, así él mismo es dividido por sus seguidores con una división diaria. A esto también se refiere lo que dice el Señor: "Porque todos los que tomen espada, a espada perecerán" (Mateo XXVI, 52). La espada en ese lugar, si se coloca en un mal sentido, significa la lengua discordante, con la que entonces ese infeliz hirió a la Iglesia, pero no la mató. Pues el Señor no dijo: "Quien mate con espada, a espada morirá"; sino que dijo: "Quien use la espada, a espada morirá". Por lo tanto, él hirió a la Iglesia con una lengua litigiosa, con la que ahora él mismo es cortado, para que perezca y muera por completo. Y sin embargo, en ese momento el apóstol Pedro no lo hizo por su propia soberbia, sino por amor carnal al Señor. Así que, advertido, guardó la espada: pero este, ni siquiera vencido, lo hizo. Pues cuando defendía su causa contra el obispo Ceciliano, ante los obispos de Roma, a quienes él mismo había solicitado, no pudo probar nada de lo que pretendía; y así permaneció en el cisma, para morir por su propia espada. Pero su pueblo, cuando no escucha a los Profetas y al Evangelio, en los que está escrito claramente que la Iglesia de Cristo está difundida por todas las naciones, y escucha a los cismáticos, que no buscan la gloria de Dios,

sino la suya propia, muestra claramente que es siervo, no libre, y que tiene cortada la oreja derecha. Pues Pedro, errando en el amor al Señor, cortó la oreja derecha al siervo, no al libre. Lo que significa que aquellos que son heridos por la espada del cisma son siervos de los deseos carnales, aún no llevados a la libertad del Espíritu Santo, para que ya no confíen en el hombre; y no escuchan lo que es correcto, es decir, la gloria del Señor ampliamente difundida por la Iglesia católica, sino que escuchan el error izquierdo de la inflación humana. Pero sin embargo, cuando el Señor dice en el Evangelio que cuando el Evangelio haya sido predicado por todas las naciones, entonces vendrá el fin (Mateo XXIV, 14); ¿cómo dicen estos que ya todas las demás naciones han caído de la fe, y que solo en la parte de Donato ha quedado la Iglesia, cuando es manifiesto que desde que esa parte fue cortada de la unidad, algunas naciones han creído después, y aún hay algunas que no han creído, a las que diariamente no se cesa de predicar el Evangelio? ¿Quién no se maravillaría de que haya alguien que quiera ser llamado cristiano, y sea llevado con tanta impiedad contra la gloria de Cristo, que se atreva a decir que todos los pueblos de las naciones, que ahora aún se acercan a la Iglesia de Dios, y creen apresuradamente en el Hijo de Dios, lo hacen en vano, porque no los bautiza un donatista? Sin duda, los hombres execrarían estas cosas, y los abandonarían sin demora, si buscaran a Cristo, si amaran a la Iglesia, si fueran libres, si conservaran intacta la oreja derecha.

CAPÍTULO XXX.

32. No debemos escuchar a los luciferianos, que aunque no rebautizan, se han separado de la Iglesia porque recibía a los que se arrepentían de la herejía arriana. Tampoco escuchemos a aquellos que, aunque no rebautizan a nadie, se han separado de la unidad, y prefirieron ser llamados luciferianos en lugar de católicos. Pues en lo que entienden que el bautismo de Cristo no debe repetirse, actúan correctamente. Entienden que el Sacramento del santo lavacro no está en ningún lugar, sino en la Iglesia católica; pero que esa forma la tienen consigo las ramas cortadas, que recibieron en la misma vida antes de ser cortadas. Estos son de quienes el Apóstol dice: "Teniendo apariencia de piedad, pero negando su poder" (II Timoteo III, 5). Pues la gran virtud de la piedad es la paz y la unidad; porque uno es Dios. Esto no lo tienen ellos, porque están cortados de la unidad. Por lo tanto, si algunos de ellos vienen a la Iglesia católica, no repiten la apariencia de piedad que tienen; sino que reciben la virtud de la piedad que no tienen. Pues el Apóstol enseña claramente que las ramas amputadas pueden ser injertadas de nuevo, si no permanecen en la incredulidad (Romanos XI, 23). Lo que los luciferianos entienden, y no rebautizan, no lo desaprobamos: pero que también ellos quisieron ser cortados de la raíz, ¿quién no reconocerá que es detestable? Y por eso principalmente, porque les disgustó en la Iglesia católica lo que es verdaderamente de la santidad católica. Pues en ningún lugar deben florecer tanto las entrañas de misericordia como en la Iglesia católica, para que como verdadera madre no insulte con soberbia a los hijos pecadores, ni sea difícil perdonar a los corregidos. No en vano entre todos los Apóstoles Pedro sostiene la persona de esta Iglesia católica: pues a esta Iglesia se le dieron las llaves del reino de los cielos, cuando se le dieron a Pedro (Mateo XVI, 19). Y cuando se le dice a él, se dice a todos: "¿Me amas? Apacienta mis ovejas" (Juan XXI, 17). Por lo tanto, la Iglesia católica debe perdonar libremente a los hijos corregidos y fortalecidos en la piedad; ya que al mismo Pedro, que llevaba su persona, y cuando titubeó en el mar (Mateo XIV, 30), y cuando carnalmente quiso apartar al Señor de la pasión (Mateo XVI, 22), y cuando cortó la oreja del siervo con la espada, y cuando negó al mismo Señor tres veces (Mateo XXVI, 51, 70-74), y cuando después cayó en una simulación supersticiosa (Gálatas II, 12), vemos que se le concedió el perdón, y que corregido y fortalecido llegó hasta la gloria de la pasión del Señor. Así que después de la persecución que fue hecha por los herejes arrianos, después de que la paz, que

la Iglesia católica ciertamente mantiene en el Señor, también fue restaurada por los príncipes del siglo, muchos obispos que habían consentido en la perfidia de los arrianos en esa persecución, corregidos, eligieron regresar a la Iglesia católica, condenando lo que habían creído o lo que habían simulado haber creído. La Iglesia católica los recibió con seno materno, como a Pedro después del llanto de la negación advertido por el canto del gallo, o como al mismo corregido por la voz de Pablo después de la mala simulación. Aquellos, al recibir con soberbia e impiedad esta caridad de madre, porque no se alegraron con Pedro al levantarse después del canto del gallo (Mateo XXVI, 75), merecieron caer con Lucifer, que se levantaba por la mañana (Isaías XIV, 12).

CAPÍTULO XXXI.

33. No debemos escuchar a los cátaros que niegan que la Iglesia pueda perdonar todos los pecados, y prohíben a las viudas casarse. Tampoco escuchemos a aquellos que niegan que la Iglesia de Dios pueda perdonar todos los pecados. Así que, miserables, mientras no entienden la piedra en Pedro, y no quieren creer que se le dieron a la Iglesia las llaves del reino de los cielos, ellos mismos las han perdido de sus manos. Estos son los que condenan a las viudas, si se casan, como adúlteras, y se proclaman más puros que la doctrina apostólica (I Timoteo V, 14). Si quisieran reconocer su nombre, se llamarían mundanos en lugar de puros. Pues al no querer, si pecan, ser corregidos, no eligieron otra cosa que ser condenados con este mundo. Porque a quienes niegan el perdón de los pecados, no los guardan con alguna salud, sino que les quitan la medicina a los enfermos; y obligan a sus viudas a arder, a las que no permiten casarse. No deben ser considerados más prudentes que el apóstol Pablo, quien prefirió que se casaran a que ardieran (I Corintios VII, 9).

CAPÍTULO XXXII.

34. Tampoco a quienes niegan la resurrección de la carne. Tampoco escuchemos a aquellos que niegan la futura resurrección de la carne, y recuerdan lo que dice el apóstol Pablo: "La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios"; no entendiendo lo que el mismo Apóstol dice: "Es necesario que esto corruptible se vista de incorruptión, y esto mortal se vista de inmortalidad. Porque cuando esto haya sucedido, ya no será carne y sangre, sino cuerpo celestial". Lo que también el Señor promete, cuando dice: "Ni se casarán, ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles de Dios" (Mateo XXII, 30). Pues ya no vivirán para los hombres, sino para Dios, cuando sean hechos iguales a los ángeles. Por lo tanto, la carne y la sangre serán transformadas, y se convertirá en un cuerpo celestial y angelical. Y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados (I Corintios XV, 50-53): para que sea verdad que la carne resucitará; y sea verdad que "la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios".

CAPÍTULO XXXIII.

35. Debemos ser alimentados con la simplicidad de la fe cuando somos pequeños. La caridad perfecta no soporta la codicia del mundo ni el temor. El conocimiento de la verdad en un corazón purificado. Alimentémonos en Cristo con esta simplicidad y sinceridad de fe; y cuando somos pequeños, no deseemos los alimentos de los mayores, sino que crezcamos en Cristo con los más saludables nutrientes, con buenas costumbres y justicia cristiana, en la que está la caridad de Dios y del prójimo perfecta y firme: para que cada uno de nosotros triunfe sobre el diablo enemigo y sus ángeles en sí mismo en Cristo a quien ha revestido. Porque la caridad perfecta no tiene ni la codicia del mundo, ni el temor del mundo; es decir, ni la codicia de adquirir cosas temporales, ni el temor de perder cosas temporales. Por estas dos

puertas entra y reina el enemigo, que primero debe ser expulsado por el temor de Dios, y luego por la caridad. Por lo tanto, debemos desear con más avidez el conocimiento más claro y evidente de la verdad, cuanto más vemos que progresamos en la caridad, y tener el corazón purificado por su simplicidad, porque con ese ojo interior se ve la verdad: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo V, 8). Para que, arraigados y cimentados en la caridad, prevalezcamos en comprender con todos los santos cuál es la anchura, y la longitud, y la altura, y la profundidad; conocer también la ciencia sobreeminente de la caridad de Cristo, para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios (Efesios III, 17-19): y después de estas luchas con el enemigo invisible, ya que para los que quieren y aman el yugo de Cristo es suave, y su carga ligera (Mateo XI, 30), merezcamos la corona de la victoria.